

# Un verano muy especial

Josefina de Diego

AGOSTO Y DOLOR DE MUELAS, MALA COMBINACIÓN, SOBRE TODO SI ACLARO QUE *ese* agosto coincidió con el caliente verano (caliente por más de una razón) de 1994. El 13 de julio, unas semanas antes que comenzara mi calvario dental, había ocurrido el trágico accidente del remolcador «Trece de marzo», en el que murieron, atrapados en las bodegas de la achacosa embarcación, más de cuarenta personas, incluidos veinte niños. Este naufragio, a sólo pocos kilómetros de la costa, fue uno de los detonantes de lo que después se conoció como «la crisis de los balseros». Los rigores del Período Especial, decretado por el Gobierno en 1990, a partir del desplome del socialismo en Europa del Este y en la Unión Soviética, resultaron insoportables para un pueblo que se sentía como un perro al final de una larga carrera: con la lengua afuera y sin aire. Los apagones de más de dieciséis horas diarias hacían la vida, sencillamente, intolerable. Las pocas horas con energía eléctrica en las que se podían encender los ventiladores conseguían mitigar un poco el sofocante calor, a pesar de que el aire que ponían en circulación era, también, húmedo y caliente. Los cubanos que lograban acostarse con sus ventiladores encendidos se despertaban sobresaltados en sus camas, inmersos en un charco de sudor, cuando les tocaba su apagón «madrugero». Mi padre y yo nos acostábamos en el piso, tratando de encontrar una brisa escurridiza en el corredor que comunicaba la cocina con la sala. La amenaza de la «Opción Cero» —cero gas, cero electricidad, cero agua, cero transporte, cero medicinas, cero todo— para la cual, según el escalofriante anuncio divulgado por la Televisión, «tenemos un millón de posibilidades», mantenía en estado de shock a toda la población. Aterrorizados contemplábamos, en el lamentable *spot* publicitario, a las amas de casa en las azoteas cocinando en sus sartenes al calor del sol y veíamos, incrédulos, los cañones del invencible ejército arrastrados por frágiles bicicletas. Por esos días compré un saco de carbón, no sé muy bien para qué, porque en mi apartamento del Vedado no me hubiera servido de mucho, pero comprobar que lo tenía allí, en un rinconcito, me hacía sentir más tranquila.

Fue entonces que me comenzó un terrible dolor de muelas. Fui varias veces al Policlínico dental pero, cuando había luz, no había agua, o el dentista no había podido llegar a tiempo al consultorio porque no había guaguas, o

había anestesia pero no jeringuillas. Siempre sucedía algo que impedía que yo encontrara un poco de alivio. Finalmente, un mediodía que preferiría olvidar, todas las condiciones resultaron propicias para poder alcanzar lo que en aquel momento era mi único y más codiciado deseo: sacarme una muela.

El dentista lo preparó todo, me inyectó la anestesia y comenzó la extracción. De pronto, escuché un crujido que me heló la sangre: la muela se había partido. El doctor le pidió unos instrumentos a la enfermera que cuchicheaba algo con una compañera.

—¡Belkis, por favor, alcánzame las pinzas! —le dijo.

Justo en ese momento, se fue la electricidad. El salón se oscureció, lo que impedía que el dentista pudiera continuar su trabajo y el ventilador (porque se había prohibido el uso de los aires acondicionados para ahorrar combustible) se detuvo bruscamente. Pero como «para la Opción Cero tenemos un millón de posibilidades», ya esta situación estaba contemplada en el «plan emergente» y el doctor, sin inmutarse, volvió a dirigirse a la enfermera.

—¡Belkis, el espejito!

Al principio pensé que el doctor le estaba pidiendo uno de esos espejitos que utilizan para ver dentro de la boca y que siempre tienen al alcance de la mano.

—¡Belkis, atiéndeme, deja ya de conversetear, busca el espejito! ¡Y un pañuelo! —le gritó, tratando de localizar mi muela con sus dedos mientras que, con la otra mano, extraía los fragmentos que se habían acomodado en uno de mis cachetes.

Con el rabillo del ojo logré ver cómo Belkis le hacía unas señas al doctor para que se esperara porque ella, Belkis, tenía que terminar de contar *su* historia.

—... y, ¿a qué no adivinas lo que sacaron de los arrecifes del Malecón?

—¿Qué? —preguntó, sin aliento, su amiga.

—Un torso —concluyó.

—¡Cómo que un torso! —exclamó espantada.

—Sí, un torso, despedazado por las dentelladas de los tiburones, igualito que en las películas de Spielberg. No se sabía bien si pertenecía a un hombre o a una mujer —añadió con morbo.

—¡Qué horror! —comentó, más complacida que asustada, su compañera.

—¡Belkis! —vociferaba ahora el dentista, mientras las gotas de su sudor caían dentro de mi boca.

Entonces Belkis, triunfante, con toda la calma que le proporcionaba el orgullo de haber sido testigo de tan macabro descubrimiento y, sobre todo, por haber sido la primera en hacer el cuento en el Policlínico, buscó el espejito y, con una maestría que me hizo recordar aquella película en la que Ann Sheridan y Errol Flynn, desde las costas de Noruega, envían mensajes cifrados con una linterna a un barco de los Aliados, durante la Segunda Guerra Mundial, desvió hacia mi boca un tímido rayito de sol que penetraba por la ventana lo que le permitió al doctor encontrar mi deshecha muela. La compañera de Belkis se compadeció, no sé si del dentista o de mí y, con un pañuelo, le

secó las gotas de sudor que ya, en estos momentos, eran verdaderos torrentes de agua salada que se mezclaban con mi sangre.

Regresé a casa un poco tensa pero feliz, sin muela y sin dolor. Mi padre me preguntó cómo me había ido pero decidí no entrar en detalles.

—Bien papá, todo fue bien —le respondí.

—Menos mal, mi hija. Acaba de llegar la luz, así que puedes poner el ventilador y descansar. Acuéstate un ratico.

—¡Qué bueno! —le contesté, y me quedé dormida al instante.

